

REFLEXIONES ACERCA DEL TERROR EN LOS ESCENARIOS DE GUERRA INTERNA

Eric Lair*

Resumen

Lejos de desaparecer con el fin de la Guerra Fría, las guerras están más presentes que nunca en el mundo contemporáneo. El autor muestra cómo se han transformado las confrontaciones violentas en el mundo, desde las guerras regulares del S. XIX a los conflictos armados de las últimas décadas, que incluyen conflictos armados internos, tendientes a la internacionalización, desvanecimiento de la diferencia entre combatientes y civiles, etc. Posteriormente estudia los fenómenos terroristas, su relación con el terror y con la guerra, para terminar hablando de la violencia y sus interacciones con el territorio.

Abstract

Far from disappearing with the end of the Cold War, wars are livelier than ever in the contemporary world. The author shows how violent confrontations have been transformed in the world, from the regular wars of the 19th century to the armed conflicts of the last decades, which include internal armed conflicts tending to internationalization, fading of the difference between combatants and civilians, etc. Later on he studies the terrorist phenomena, their relation with terror and war, to end up talking about violence in its interactions with territory.

Palabras clave:

Guerra, conflicto armado, terrorismo, terror.

Keywords:

War, armed conflict, terrorism, terror.

Introducción

A raíz del final de la así denominada "Guerra Fría", los fenómenos de violencia colectiva, y de guerra en

particular, han suscitado un número creciente de análisis¹. De manera singular o transversal, se han invocado la religión, las crispaciones étnicas y nacionalistas², la idea de "nuevas guerras"³ y un supuesto "choque de civilizaciones"⁴ para dar cuenta de la dinámica de los conflictos⁵. Más allá de su diversidad, estos discursos tienen que ver "en filigrana" con cambios en las representaciones de la violencia.

¿Cómo interpretar esta efervescencia intelectual? Empecemos por recordar que la disuasión nuclear, inherente a la "Guerra Fría", ha contribuido a instaurar una situación de no confrontación armada directa entre las grandes potencias y algunos de sus aliados⁶ a pesar de múltiples crisis y tensiones. De allí la tentación de hablar de "una larga paz"⁷, tras la experiencia traumática de los dos conflictos mundiales, en referencia a los años comprendidos entre las décadas 1950 y 1980 que delimitaron las grandes líneas de la "Guerra Fría". En un tono algo provocador, se afirmó inclusive que la guerra estaba "muerta"⁸ subrayando la improbable ocurrencia de una conflagración militar de gran magnitud.

La rivalidad "este-oeste" característica de la época, atenuó el imaginario brutal de la guerra, al menos en Europa y Estados Unidos, y favoreció las lecturas macro que menospreciaron la complejidad de los factores bélicos y sus manifestaciones desestructurantes en el marco de la descolonización (Indochina, Argelia, rebelión Mau-Mau en Kenya, África lusófona, etc.) o de luchas fratricidas por el poder nacional (ex Zaire, Chad, etc.). Estas lecturas tendieron también a analizar los diferentes conflictos

- 1 Sobre este tema, véase el número temático de la revista *Cultures et Conflits*, no. 19-20, otoño-invierno, 1995.
- 2 Michael Brown, Steven Miller y Sean Lynn-Jones (eds.), *Nationalism and ethnic conflict*, Cambridge, The MIT Press, 2001.
- 3 Hasta la fecha, Mary Kaldor ha desarrollado la tesis más estructurada y estimulante en torno al postulado de las "nuevas guerras". Ver Mary Kaldor, *New and old wars: Organized violence in a global era*, Stanford, Stanford University Press, 1999. Para una breve reseña crítica de esta obra, nos permitimos remitir a Eric Lair, *Análisis Político*, no. 45, enero-abril, 2002, págs. 105-107.
- 4 Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones*, Barcelona, Editorial Paidós, 1997.
- 5 Por razones de estilo, emplearemos sin distinción semántica las palabras "guerra" y "conflicto (armado)".
- 6 La guerra de Corea (1950-1953) constituye una clara excepción a esta afirmación.
- 7 John Lewis Gaddis, *The long peace: Inquiries into the history of the cold war*, Oxford, Oxford University Press, 1987.
- 8 Claude Le Borgne, *La guerre est morte*, París, Grasset, 1987.

* Profesor de relaciones internacionales, Universidad Externado de Colombia y Academia Diplomática de San Carlos. Correo Electrónico: laireric@yahoo.fr

internos complicados por la intervención de fuerzas o países extranjeros como si la violencia armada fuese un simple producto derivado del antagonismo bipolar (Vietnam, Angola, Afganistán, América Central, etc.). Es decir, que la historicidad local de estas guerras fue a menudo ocultada, y abandonada a unos pocos historiadores, sociólogos y antropólogos⁹, en beneficio de enfoques globalizantes.

Una vez desaparecido el sesgo de la confrontación “este-oeste”, una plétora de analistas ha (re)descubierto los conflictos en toda su pluralidad. La guerra es de actualidad, no sólo en las mentes, sino también en los hechos. En desacuerdo con lo que expertos en relaciones internacionales esperaban al salir de la “Guerra Fría”, la configuración mundial no aparece, por el momento, menos bélica que en el pasado. Si bien es cierto que varias guerras encontraron una solución negociada en inicios de los años 1990 (Mozambique, Centroamérica, etc.), otras se han prolongado e intensificado desde entonces (Colombia, Sudán, etc.) al igual que se han detonado nuevos focos de enfrentamiento (Sierra Leona, Argelia, ex Yugoslavia, etc.). A la luz de lo anterior y en respuesta a quienes postulaban en los años 1980 que la guerra había muerto, podríamos replicar, sin caer en una visión “apocalíptica” del mundo¹⁰, diciendo que ésta tiene hoy un “brillante porvenir”¹¹. Los atentados del 11 de septiembre de 2001, perpetrados en Estados Unidos, cuyos efectos no cesan de influir en el sistema internacional¹², no han infirmado esta aserción. Por el contrario, junto con diversos teatros de conflictos regionales, han evidenciado dos expresiones mayores de la violencia: la guerra y el terrorismo.

Estos últimos han sido objetos de una abundante literatura que deja traslucir varias acepciones, a veces en detrimento de su inteligibilidad. Los numerosos comentarios acerca de los acontecimientos del 11 de septiembre han hecho aún más profusa, para no decir confusa, la definición del binomio guerra-terrorismo: por un lado, la calificación de “guerra” para caracterizar estos ataques no deja de

generar desconcierto por el carácter elusivo de sus actores y los medios utilizados; por otra parte, el “terrorismo” se ha vuelto el objeto, mal definido, de la retórica de numerosos Estados en conflicto cuyo propósito es deslegitimar política y jurídicamente el accionar de unos grupos armados no legales.

Pero al mismo tiempo, estos atentados han ofrecido la oportunidad de volver a pensar las relaciones entre la guerra y el terrorismo para escenarios de violencia de menor mediatización, en especial los conflictos armados internos que privilegiaremos a continuación. En el umbral del siglo XXI, ¿cómo aprehender la guerra y el “terrorismo”? ¿Cuáles son las interacciones entre estas dos manifestaciones de la violencia? En este contexto evolutivo, queremos situar el presente artículo que pretende proporcionar herramientas para penetrar la opacidad de los conflictos armados de índole interna y del terror —noción preferida a la de terrorismo por razones que explicitaremos más adelante— en prioridad, con base en consideraciones relativas a los años posteriores a la “Guerra Fría”.

El horizonte fragmentado e incierto de las guerras internas

Guerras internas con dimensiones internacionales

Muchos estudios realizados por los principales centros de investigación sobre la violencia armada apuntan a que las guerras internas dominan hoy el paisaje de la conflictividad. La “internalización” de los conflictos no es una tendencia exclusiva de la “posguerra fría”. Se remonta a los años cincuenta, como lo indican análisis cuantitativos según los cuales las dos terceras partes de las guerras habrían sido de carácter interno,¹³ desde esa época. Ciertos autores, entre los cuales figura el politólogo Michael Mandelbaum¹⁴, argumentan que el sistema internacional se halla en una fase de “desbelicización” interestatal en contraste con épocas anteriores. Evocan al respecto la tesis de una “obsolescencia” de la guerra entre mayores potencias.

El declive relativo de las guerras entre Estados es el resultado de diversos parámetros complementarios.

9 Para un ejemplo de análisis detallado de la guerra contemplada “desde abajo”, véase Christian Geffray, *La cause des armes au Mozambique: Anthropologie d'une guerre civile*, París, Karthala, 1991.

10 Ver en este sentido, Robert Kaplan, “The coming anarchy”, en *The Atlantic Monthly*, no. 2, volumen 273, 1994, págs. 44-76.

11 Para retomar el título sugestivo del libro de Philippe Delmas, *Le bel avenir de la guerre*, París, Gallimard, 1995.

12 Ver al respecto Hugo Fazio Vengoa, *El mundo después del 11 de septiembre*, Bogotá, IEPRI-Alfaomega, 2002.

13 Kalevi Holsti, *The state, war and the state of war*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, págs. 21-22.

14 Michael Mandelbaum, “Is major war obsolete?”, en *Survival*, no. 4, volumen 40, invierno 1998/1999, págs. 20-38.

Mencionemos de manera cursiva: los altos costos económicos y humanos de los conflictos; la globalización que densifica las redes de intercambios y los intereses en común; la difusión de los mecanismos y principios democráticos susceptibles de limitar los actos de agresión; las presiones diplomáticas y sanciones de índole política, económica o militar; los elementos de Derecho Internacional (*Carta de las Naciones Unidas, Convenios de Ginebra de 1949 y Protocolos adicionales de 1977*, etc.) que concurren cada vez más a restringir el uso de la fuerza armada entre naciones; por último, las operaciones armadas preventivas o punitivas, con valor disuasivo, llevadas a cabo bajo los auspicios de instancias internacionales¹⁵.

A pesar de la rarefacción de los conflictos estatales desde hace unos cincuenta años, no suscribimos plenamente a la idea de una “desbelicización” de la guerra entre Estados en la medida en que sería precipitado anunciar su probable desaparición para las principales potencias (guerras llamadas “mayores”) y erróneo subestimar los “gérmenes” de enfrentamiento entre los demás países.

En efecto, una breve mirada al panorama mundial de la violencia invita a ser más prudentes en la materia. Las tensiones fronterizas entre Pakistán y la India recuerdan las posibilidades de guerra entre fuerzas regionales. Por su parte, la intervención militar de Estados Unidos en Afganistán, lanzada en nombre de “la guerra contra el terrorismo” posterior al 11 de septiembre, es una ilustración de los escenarios de confrontación asimétrica¹⁶ entre países que presentan un alto diferencial tecnológico-militar. Para concluir, el conflicto olvidado entre Etiopía y Eritrea, la guerra entre la República Democrática del Congo y los países limítrofes y las fricciones político étnicas entre Costa de Marfil y Burkina Faso son ejemplos de la eventualidad de las guerras interestatales en diferentes espacios¹⁷.

En paralelo al declive parcial de las confrontaciones interestatales, se han multiplicado los conflictos internos desde las luchas por la independencia en África y Asia hasta la “posguerra fría”.

¿Qué criterios permiten afirmar que los conflictos revisten dimensiones internas? Básicamente, se dice que muchos de los conflictos actuales son internos ya que la mayoría de los combates y de las acciones armadas (de cualquier naturaleza: masacres, atentados, etc.) se desarrollan dentro de la geografía política de un Estado nación. En segunda instancia, aunque los mercenarios “alimentan” a veces la dinámica de la violencia (Angola, Sierra Leona, etc.), estos conflictos oponen, principalmente, grupos de ciudadanos en armas procedentes de la misma comunidad política (tropas regulares, guerrillas, milicias, etc.), los cuales persiguen y defienden intereses eminentemente locales, regionales y/o nacionales.

Resulta imposible detallar aquí las motivaciones y las lógicas de acción heterogéneas de los protagonistas armados. Contentémonos con observar que las guerras internas definen un sinnúmero de trayectorias individuales y colectivas de la violencia, la cual se ha vuelto un verdadero modo de vida para los combatientes.

Si bien es cierto que las grandes ideologías han perdido su capacidad explicativa que permeó tanto la textura de los conflictos a lo largo del siglo XX, éstos no están exentos de aspectos políticos. Por su control socio territorial, sus medios de desestabilización de los espacios públicos y su intromisión en la administración de las localidades, los grupos armados intervienen permanentemente en las esferas políticas a imagen de lo que ocurre en Colombia con la guerrilla y los “grupos de autodefensa”. En otras palabras, las facciones en guerra no son simples delinquentes comunes animados por el lucro.

Investigaciones recientes han resaltado, con certeza, la importancia de la economía en los conflictos¹⁸. La “polemología”¹⁹ en su conjunto enseña que la acumulación de recursos y medios es una preocupación central para cualquier actor bélico en su afán de lograr la perennidad y el crecimiento. Sin embargo, los aspectos económicos no pueden reducir y “agotar” la complejidad de la guerra. Detrás de las exigencias económicas, influyen

15 Para mayores desarrollos, el lector se referirá útilmente a Charles-Philippe David, *La guerre et la paix. Approches contemporaines de la sécurité et de la stratégie*, París, Presses de Sciences Po, 2000, págs. 138-152.

16 Sobre esta noción, ver Barthélémy Courmont & Darko Ribnikar, *Les guerres asymétriques*, París, IRIS-Presses Universitaires de France, 2002, págs. 25-75.

17 Roland Marchal (“Interpréter la guerre en Afrique”, en *Espaces Temps*, no. 71-72-73, 1999, págs. 114-130) recuerda en esta perspectiva que la guerra entre Estados es de una gran actualidad en el continente africano.

18 François Jean & Jean-Christophe Rufin (eds.), *Economie des guerres civiles*, París, Hachette, 1996.

19 Estudio de la guerra como la definió Gaston Bouthoul, *Traité de polémologie: Sociologie des guerres*, París, Payot, 1991.

numerosas motivaciones individuales y colectivas: consideraciones políticas e identitarias, ciclos de venganzas, búsqueda de reconocimiento y ascenso social por vía de las armas, etc.

Entonces, enfatizar en uno solo de los aspectos de la guerra —como la criminalización económica—²⁰ es arriesgarse a hacer una presentación caricaturesca de la conflictividad²¹. La comprensión de los conflictos internos no se satisface de lecturas sectarias o generalizadoras; requiere estudios diferenciados y multidimensionales.

Sin profundizar, precisemos en este sentido que las guerras internas presentan rasgos internacionales, más o menos pronunciados, que no se deben omitir así como una propensión a la apertura en un sistema internacional con ramificaciones cada vez más globalizadas. El tema del respeto a los Derechos Humanos, las intervenciones de mantenimiento de la paz auspiciadas por las Naciones Unidas, los tráfico ilícitos, los fenómenos de exportación de la violencia hacia el exterior, los desplazamientos forzados de población o aun las injerencias de los países extranjeros en los asuntos de un Estado en guerra participan, de hecho, en la internacionalización creciente de varios conflictos internos (Colombia, Angola, República Democrática del Congo y África del Oeste)²².

Además, en algunos casos, parece complicado saber si el conflicto es interno o no. Por ejemplo, la desintegración de un Estado plural, como lo ilustró la ex Yugoslavia, no permite afirmar con seguridad que el conflicto que acompaña la descomposición de la comunidad política pueda ser irremediablemente catalogado de guerra interna, ya que puede ser aprehendido bajo el signo de una contienda entre nuevas entidades instituidas.

Teniendo en cuenta esta diversidad de los procesos de violencia guerrera, surge el interrogante de saber cómo ubicar los atentados del 11 de septiembre contra Estados Unidos. La respuesta tampoco es fácil puesto que la denominación de “guerra” no deja de causar incertidumbre e inconformidad.

Para sintetizar, supongamos que son constitutivos de una guerra con características inusuales, en primer lugar, por los medios de ataque usados (aviones comerciales) que se revelaron de un inmenso potencial destructivo. Además, no se conoce bien el perfil de los actores ni los motivos exactos de los atentados. Por ahora, los servicios de inteligencia han trabajado, en gran parte, por inferencias, partiendo de la información dispersa recolectada entre los capturados de la guerra contra los miembros de Al Qai'da (*La Base*), los principales sospechosos, y sus aliados de circunstancia, los talibán²³. Los móviles de la violencia girarían, entre otras cosas, en torno a dos “misiones sagradas”: la defensa de la comunidad de los creyentes del Islam (la Umma) y la lucha contra la decadencia de los valores del mundo que se habría hundido en la ignorancia, el vicio y la ausencia de fe, es decir, en una era preislámica (*jahiliya*)²⁴. Por último, en su configuración, esta guerra encara a una superpotencia militar con una nebulosa de activistas que promueven un islamismo radical²⁵ cuyos confines quedan inciertos. Articulada en redes multinacionales capaces de actuar en puntos geográficamente dispersos, Al Qa'ida simboliza las posibilidades de transnacionalización de la violencia (logística y escenarios) que diluye las fronteras entre los conflictos internos e internacionales.

Debido a la diseminación de sus actores sin rostro bien identificable, la opacidad de sus motivaciones y sus métodos inauditos, estos ataques no cuadran con las visiones tradicionales de la guerra “convencional” (con repetición de los combates directos) o de tipo “irregular”. Rompen las fronteras entre lo doméstico y lo externo por su escaso anclaje territorial y su logística descentralizada (puntos de apoyo repartidos entre varios países y capacidades de acción ‘*tous azimuts*’). Los enfrentamientos futuros entre Estados Unidos y los miembros de Al Qa'ida dirán si los acontecimientos del 11 de septiembre auguraron una nueva era de guerras todavía poco

20 Paul Collier & Anke Hoeffler, *On economic causes of civil war*, Banco Mundial, 1998. Documento disponible en la página: www.worldbank.org [última consulta: diciembre de 2002].

21 Es lo que demuestran los interesantes estudios compilados en la revista *Politique Africaine*, no. 84, diciembre, 2001.

22 Estos ejemplos africanos presentan una fuerte tendencia a la “internacionalización” de la guerra, la cual, en muchos aspectos, es más contundente que en Colombia donde este tema se ha vuelto recurrente.

23 Para un análisis del régimen de los talibán (plural de talib: estudiante en religión), consultar Ahmed Rashid, *Los talibán*, Barcelona, Ediciones Península, 2001. Sobre las interconexiones entre los talibán y los integrantes de Al Qai'da, ver John Cooley, *Unholy wars: Afghanistan, America and international terrorism*, Londres, Pluto Press, 2002.

24 Sobre esta noción ver por ejemplo, Farhad Khosrokhavar, *Les nouveaux martyrs d'Allah*, París, Gallimard, 2002, págs. 51-72.

25 El islamismo, que no es necesariamente violento, se aleja en ciertos aspectos de la religión del Islam aunque se estructura a partir de ella. Véase Nazih Ayubi, *El Islam político: teorías, tradición y rupturas*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000.

discernidas, como ya lo han sostenido de manera apresurada varios comentaristas, o si se puede seguir sosteniendo que constituyen “actos de guerra”, retomando la terminología de la administración del presidente G. Bush, ya que ésta supone, en su versión minimalista, una continuidad en la violencia y una mejor definición del enemigo.

La alusión a los atentados cometidos en el territorio estadounidense ha hecho posible introducir un elemento fundamental para el estudio de la violencia colectiva y organizada, a saber la descentralización de la guerra.

Los procesos de descentralización de la guerra

La descentralización de la guerra remite a contextos plurales. Aquí, haremos sobre todo referencia a la descentralización de los protagonistas de la violencia. Para poner en perspectiva la noción de descentralización de la guerra, es útil devolverse en forma sucinta al pasado. Como se sabe, los siglos XVIII y XIX fueron sinónimos de “institucionalización” acelerada de los conflictos. Entre otras cosas, este período contribuyó a regular ciertas confrontaciones entre Estados y a afianzar la diferencia entre los hombres en armas y los no combatientes. Esta “institucionalización” implicó también un proceso de centralización de las tropas, prolongando los esfuerzos de “ramificación” y jerarquización del reclutamiento ya perceptibles en la alta Edad Media²⁶, por ejemplo. ¿Cómo se materializó dicha centralización? Burocratizando y profesionalizando los ejércitos bajo la autoridad de los Estados. Agregamos que este movimiento no fue sistemático ni lineal en Europa, tampoco en los demás continentes donde su huella no fue tan significativa. Pero fue sintomático de algunas transformaciones militares de la época²⁷ y constituyó uno de los primeros pasos hacia la guerra “regular” moderna, consagrada a partir del siglo XIX con la consolidación, a veces violenta, del Estado nación. Varias tendencias centrípetas cuestionan hoy esta imagen de centralización de la guerra. Desde la Segunda Guerra Mundial, hemos asistido a una progresiva

“desramificación” de las lógicas de violencia y a una atomización de los protagonistas armados, mal o no uniformados, con el activismo de grupos infraestatales (guerrillas, milicias, etc.), internacionales o transnacionales (Al Qaeda, mercenarios, etc.). En las regiones donde nunca se han manifestado importantes fenómenos de centralización de la violencia, será más apropiado no hablar de descentralización sino de ausencia crónica de centralización de la guerra por parte de los Estados. Si las Fuerzas Armadas estatales no han perdido en totalidad su capacidad de hacer un uso efectivo de la violencia armada, se han visto paulatinamente desbordadas en el ejercicio de la coerción por agentes no estatales²⁸. En algunas oportunidades, ellas mismas se privatizan (por falta de disciplina, faccionalismo político, nacionalista y étnico o intereses económicos²⁹) y operan en la ilegalidad como se ha podido observar en Argelia, donde los militares han multiplicado las exacciones contra los civiles al igual que en Sierra Leona desde los años noventa y más recientemente en Costa de Marfil³⁰. En Sierra Leona, país anglófono, la deriva personal y criminal de las tropas “regulares” ha sido tan patente que se ha creado la palabra “*sobel*”³¹ (contracción en inglés de “soldado” y “rebelde”), para indicar la frontera incierta de sus acciones que oscilan en permanencia entre la legalidad y la ilegalidad.

Como factor adicional de complejidad: en Guatemala, Perú, Argelia y Sudán, la población civil ha tomado las armas, con o sin el apoyo del poder oficial, en repuesta a la presencia de grupos armados, ya sean oficiales o ilegales. Poco a poco, los civiles se han convertido en actores, aunque intermitentes, de la guerra, y los agentes de su difusión en el tejido social. En consecuencia, han venido

28 Yves Michaud, *Violence et politique*, París, Gallimard, 1978, pág. 66.

29 En algunos países, la pauperización y la autonomía financiera y logística de las tropas regulares son tan avanzadas que la depredación es una forma de sobrevivir y luego de acumular riquezas. Para subrayar la decadencia de varios ejércitos en África, se habla así “vagabundización” de las tropas regulares como si éstas fuesen simples grupos armados errantes. Ver por ejemplo, Kisukula Abeli Meitho, *La désintégration de l'armée congolaise de Mobutu à Kabila*, París, L'Harmattan, 2001.

30 Richard Banégas y Bruno Losch, “La Côte d'Ivoire au bord de l'implosion”, en *Politique Africaine*, no. 87, octubre, 2002, págs. 139-161.

31 Jimmy Kandeh, “Ransoming the state: Elite origins of southern terror in Sierra Leone”, en *Review of African Political Economy*, no. 81, vol. 26, 1999, págs. 349-366.

26 Nicholas Wright, *Knights and peasants: The hundred years war in the French countryside*, Suffolk, The Boydell Press, 1998, págs. 1-12.

27 Se trata de una dimensión de las famosas “revoluciones militares”, no únicamente técnicas, que dividen a los historiadores para saber cuándo empezaron y cuál fue su impacto sobre el “arte de la guerra” y las sociedades. Remitimos al respecto al libro sintético de Clifford Rogers (ed.), *The military revolution debate: Readings on the military transformation of early modern Europe*, Boulder, Westview Press, 1995.

borrando en la práctica las barreras jurídicas entre las nociones de actores armados y no combatientes. La descentralización concierne también a las víctimas de la violencia, las cuales se encuentran ante todo entre las poblaciones, en la mayoría de los conflictos, y no entre los combatientes armados.

En una visión clásica, los enfrentamientos entre unidades armadas ocupan un lugar central en el despliegue de la guerra. Distintos teóricos subrayan que la idea de confrontaciones supone interacciones entre los beligerantes y una repetición de los combates en el tiempo y el espacio. Es decir, que en una acepción estricta, la guerra consiste en ciclos de acciones-reacciones en la violencia que busca la destrucción o la parálisis de la voluntad de lucha del enemigo.

Ahora bien, los grupos en conflicto tienden a multiplicar los "centros de gravedad" de la guerra hacia las poblaciones no armadas sin que éstas respondan necesariamente de forma violenta a las agresiones. En esta perspectiva, las exacciones masivas contra las poblaciones en Ruanda, en 1994, y en la ex Yugoslavia no se enmarcarían exactamente dentro de los enfoques clásicos de la guerra³².

Sin embargo, por la preponderancia de los ataques armados y el afán de eliminación o posesión del otro, expresados por los grupos violentos, pensamos que la noción de guerra es pertinente para remitir a estas dos situaciones de gran violencia. El hecho es que las modalidades de la guerra se han extendido y transformado en los últimos cincuenta años, lo que hace inciertas sus delimitaciones conceptuales.

Para los beligerantes, ubicar a los civiles en el corazón de la lucha armada no es siempre fortuito o el fruto de furias descontroladas³³. Releva también de estrategias de control, eliminación o desplazamiento.

Tan es así que la guerra se libra, en muchas zonas, "contra los civiles" para parafrasear una expresión extraída de la literatura sobre los conflictos armados contemporáneos. Por controvertible que sea, la idea de "guerra contra los civiles", trata de poner de manifiesto la sistematización de los ataques a la población, a veces sin considerar la edad ni el género. Decir que la guerra se lleva a cabo a costa de

los civiles no implica que éstos sean obligatoriamente el fin último de la lucha armada o que se renuncie a la guerra contra el Estado³⁴. El conflicto contra las instituciones estatales y las arremetidas contra las poblaciones no se excluyen sino que se fusionan o se suceden con inconstancia en el tiempo (Angola, Argelia, etc.) para proponer una trama explicativa sinuosa.

En Colombia, por ejemplo, la guerra da cíclicamente la sensación de intensificarse contra el Estado (fuertes combates con la fuerza pública entre 1996 y 1998 y ola de amenazas a los alcaldes y concejales en el 2002), mientras que por su cotidianidad y su acentuación desde los años ochenta, las acciones antipoblaciones (secuestros, atentados, masacres, etc.) modelan la fisonomía dominante del conflicto, corroborando la fórmula de "guerra contra los civiles".

La imagen de "guerra contra los civiles" traduce una gran diversidad de situaciones conflictivas en las cuales la población es un "centro de gravedad" primordial. Esta extensión descentralizada de los actos bélicos hacia los espacios sociales altera entonces (sin anularla) la concepción de la guerra heredada de estrategias como el prusiano Carl Von Clausewitz³⁵ (1780-1831) según quien las entidades armadas, y no las poblaciones, eran las fuerzas matrices y los principales blancos de los enfrentamientos.

Fuentes de respaldo económico, político, moral y logístico, los pueblos son al mismo tiempo los medios y los objetivos, inmediatos o más lejanos, de las confrontaciones. Tienen además un valor militar para los beligerantes que se esconden entre sus gentes o las usan como escudos humanos durante los combates y las enrolan para aumentar sus efectivos. En estas condiciones, atacar a la población es a la vez una forma de acumular poderío y de debilitar al enemigo.

Otros elementos, asociados con la dinámica armada en sí, explican la coacción contra las poblaciones. Para los grupos en conflicto, el enemigo parece estar por todos lados, disimulado en el tejido social. Éstos imponen representaciones binarias "amigo-enemigo" que impiden la

32 François Géré y Thierry Widemann (eds.), *La guerre totale*, París, Economica, 2001, pág. 185.

33 Wolfgang Sofsky, *Traité de la violence*, París, Gallimard, 1998, pág. 165.

34 A diferencia de lo que plantea Eduardo Pizarro Leongómez, haciendo una crítica de la idea de "guerra contra los civiles". Eduardo Pizarro Leongómez, "Colombia: ¿Guerra civil, guerra contra la sociedad, guerra antiterrorista o guerra ambigua?", en *Análisis Político*, no. 46, mayo-agosto, 2002, págs. 164-180.

35 Ver su obra mayor inconclusa, Carl Von Clausewitz, *De la guerre*, París, Editions de Minuit, 1955.

neutralidad entre los civiles con el propósito de construirse una imagen del campo adverso (aunque pueda ser inexacta) y de reducir los factores de incertidumbre propios de la "atmósfera"³⁶ de la guerra (Colombia, Argelia, Sierra Leona, etc.). La violencia necesita una imagen del enemigo para desplegarse, autolegitimarse y cohesionar al grupo armado. Por eso, cualquier individuo que no colabore es un sospechoso a priori y un objetivo potencial de la confrontación. Lo que significa que el espectro de definición del enemigo se esté dilatando cada vez más: la figura del soldado "regular" coexiste hoy con las facciones armadas privadas y los civiles, sin que se sepa siempre dónde se sitúan las fronteras entre estas categorías.

Las prácticas y modalidades de violencia armada

A este panorama descentralizado de la guerra corresponde una atomización de las prácticas y modalidades de la violencia.

Siguiendo los planteamientos de algunos analistas, los actores de los conflictos se habrían vuelto más violentos y cruentos, en particular con las poblaciones civiles, tras la disolución del antagonismo "este-oeste"³⁷ un poco como si la "Guerra Fría" hubiese contenido los excesos de fuerza. Semejantes comentarios presentan lo que podríamos llamar "un defecto de análisis retrospectivo": las consecuencias destructoras de la violencia de la época de la "Guerra Fría" son aminoradas con la intención de acentuar los aspectos cruentos de los conflictos actuales. Obviamente, es olvidar que la rivalidad "este-oeste" no puede ser eximida de excesos en el uso de la violencia y que los grupos armados dependientes de la ayuda externa de las grandes potencias no eran fuerzas "delegadas"³⁸ disciplinadas y respetuosas del Derecho Internacional Humanitario o de los Derechos Humanos.

Es más, todos los períodos de conflictos armados han conocido episodios de masacres³⁹ y atrocidades, perpetradas contra los soldados y/o los civiles. No es inútil recordar que la violencia dirigida contra las poblaciones no es la exclusividad de la "posguerra fría". La historia de la

guerra abunda en hechos que van en este sentido, aunque apenas la historiografía se está interesando con dedicación en el tema de la victimización de las poblaciones en tiempo de conflicto. Refiriéndonos a ejemplos lejanos, basta pensar en las guerras de los cien años entre Inglaterra y Francia (entre aproximadamente 1337 y 1453) o de los treinta años en los territorios germánicos (1618-1648), las cuales son a veces consideradas como la antesala de los conflictos armados del siglo XX que generalizaron las agresiones armadas contra las poblaciones civiles⁴⁰.

Las dos conflagraciones mundiales, los movimientos de colonización violenta, la represión contra las aspiraciones independentistas al igual que las prácticas de crueldad de unos grupos armados en los conflictos alimentados por la confrontación "este-oeste"⁴¹ conducen a no extrapolar demasiado sobre el carácter supuestamente novedoso o recrudesciente del uso de la violencia contra los civiles en la "posguerra fría".

En vez de indagar sobre la intensidad de la coerción armada contra los civiles, preferimos recalcar costumbres en las prácticas de la violencia sin pretender seguir enfoques culturalistas.

Análisis recientes han constatado la abundancia de las armas en circulación y disponibles en los espacios en guerra⁴². El largo abanico de las armas determina en parte las prácticas de la violencia. Es indiscutible que la sofisticación tecnológica aumenta la precisión, el alcance y el poder de destrucción del armamento.

No obstante, las matanzas en Argelia y Ruanda, donde se ha asesinado numerosas poblaciones con armas blancas, recuerdan que es posible eliminar a mucha gente en poco tiempo con artefactos rudimentarios. Lejos de los escenarios de guerra computarizada denominada "posmoderna"⁴³, desde un punto de vista tecnológico, el no uso de armas de fuego y de larga distancia propicia la cercanía física entre el actor y la víctima de la violencia. Lo que abre la puerta a las sevicias corporales-psicológicas y a

36 Ver al respecto, Ibid, pág. 89.

37 Jean-Louis Dufour, "Un siècle belliqueux : Périodisations, comparaisons", en *Espaces Temps*, no. 71-72-73, 1999, págs. 21-34.

38 Sobre el tema de las fuerzas "delegadas", ver Jean-Louis Dufour & Maurice Vaisse, *La guerre au XXe siècle*, París, Hachette, 1993, págs. 180-93.

39 Sobre la noción de "masacre", ver las reflexiones de Jacques Sémelin. Jacques Sémelin, "Penser les massacres", en *Revue Internationale de Politique Comparée*, no. 1, volumen 8, primavera, 2001, págs. 7-22.

40 Ver uno de los pocos trabajos colectivos sobre el tema, Mark Grimsley y Clifford Rogers (eds.), *Civilians in the path of war*, Lincoln/Londres, University of Nebraska Press, 2002.

41 Caso de la guerrilla de la Resistencia Nacional de Mozambique que se singularizó por sus métodos de violencia particularmente cruentos. Geffray, 1991, op. cit.

42 Jeffrey Boutwell y Michael Klare (eds.), *Light weapons and civil conflict*, Lanham/Boulder/Nueva York/Oxford, Rowman y Littlefield Publishers, 1999.

43 Chris Hables Gray, *Post-modern war*, Nueva York, The Guilford Press, 1997.

la tortura⁴⁴ en una relación de frente a frente.

Esta cercanía se enmarca a menudo en un fenómeno de proximidad más amplio entre las organizaciones armadas y las víctimas de la guerra. En Sudán, Argelia, Angola, la ex Yugoslavia o Colombia, la "internalización" de las dinámicas de guerra ha generado una proximidad bélica social, espacial, política, cultural, etc. entre las poblaciones y los protagonistas en conflicto que instrumentalizan en algunas circunstancias los efectos del terror para imponerse, como lo veremos más adelante. Se habla así de guerras entre "vecinos" o "hermanos" en referencia a estos conflictos que inciden en la intimidad de los lazos familiares y sociales y destruyen los espacios públicos del Estado nación.

En las guerras de proximidad donde la sofisticación de las armas no es el parámetro primordial para comprender el desarrollo del conflicto, las prácticas de violencia se acompañan, en repetidas ocasiones, de una voluntad de infligir sufrimiento al enemigo. No se trata únicamente de eliminarlo, sino de posesionar y destruirlo moralmente, como lo ilustraremos a continuación cuando abordemos el tema del terror. El sufrimiento intencional puede sustentarse con representaciones "deshumanizantes" (animalización, satanización, etc.) e inferiorizantes que permiten justificar e intensificar el ejercicio de la violencia de masa⁴⁵. Víctimas y actores de la guerra terminan comunicándose en la deshumanización en una espiral recíproca que busca deslegitimar al otro y negarle su identidad: las víctimas son descritas bajo los rasgos de animales e insectos repugnantes; los verdugos son asimilados a monstruos o bestias sin humanidad (ex Yugoslavia, Ruanda).

Se manifiestan también formas de sufrimiento y deshumanización en los escenarios de conflicto que valoran la utilización de armas sofisticadas que favorecen la guerra blindada, aérea y computarizada. Por ejemplo, las poblaciones afganas y palestinas ven respectivamente a las tropas estadounidenses e israelíes como (super)fuerzas robotizadas casi inalcanzables con una inconmensurable capacidad de destrucción; por su parte, dichas tropas cuentan con la tecnología para evitar los contactos y crear

una distancia física y psicológica con sus víctimas que pueden ser así fácilmente asimiladas a unos blancos sin rostro humano⁴⁶.

De la dificultad de aprehender el terror

El terror: trayectorias de una noción "nómada"

El terror ocupa un papel "pivote" dentro del horizonte fragmentado de la guerra como lo veremos en la tercera parte del artículo. Pero antes de esto, es conveniente dibujar unos límites conceptuales alrededor de la noción maleable de "terror" que no se presta a una definición rígida. Con el pretexto de ser polisémica, la idea de "terror" no debe llevar a renunciar a cualquier principio de inteligibilidad. Al igual que la guerra, pertenece a las nociones recurrentes en ciencias sociales y políticas, las cuales parecen tener espontáneamente un significado. Pero a la hora de precisarlas, son de una inmensa inconsistencia. No obstante, intentemos darle unos fundamentos en un momento en que la retórica y el imaginario del terror se divulgan con una gran acuidad en diversos círculos académicos, periodísticos y políticos, a raíz de los atentados del 11 de septiembre.

En una acepción psicológica o psiquiátrica que hemos excluido del presente estudio, el terror remite a un miedo extremo con repercusiones y secuelas discapacitantes (pérdida de memoria, alteración de las facultades auditivas o gustativas, etc.). En las situaciones de guerra, tanto las víctimas como los actores de la violencia sufren por ejemplo "terrores nocturnos" que son una de las expresiones de lo que los especialistas llaman el "síndrome postraumático", es decir una reacción consecutiva a una "catástrofe" (acontecimiento) emocional (testigo de una muerte, víctima directa de atentados o torturas, etc.) provocada por un entorno hostil.

En una configuración más política, el terror instituye una forma de miedo con efectos de control, parálisis y fragmentación sociales. Este enfoque fue conceptualizado en el año 1790, para designar la violencia desatada con el propósito de contrarrestar la ola de oposición a la Revolución Francesa⁴⁷. La noción de terror fue entonces

44 Para un ejemplo de política de la tortura como técnica de guerra, ver Raphaëlle Branche, *La torture et l'armée pendant la guerre d'Algérie, 1954-1962*, París, Gallimard, 2001.

45 Ervin Staub, *The roots of evil: The origins of genocide and other group violence*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, págs. 100-108 en particular.

46 Sofsky, 1998, op. cit. pág. 163.

47 Sobre la violencia societal precedente y consecutiva a la Revolución Francesa, remitimos a Jean-Clément Martin, *Contre-Révolution et nation en France*, París, Editions du Seuil, 1998.

vinculada a una manera de gobernar⁴⁸. Posteriormente, el terror ha experimentado variaciones semánticas y ha sido de un empleo repetido, incluso para determinar hechos anteriores a este período revolucionario. Acordémonos así de la epopeya de los grupos religiosos ismaelíes, también llamados “los Asesinos”, que asediaron parte de Irán y Siria entre los siglos XI y XIII⁴⁹.

A lo largo del siglo XX, el terror se manifestó en una multitud de situaciones conflictivas y fue poco a poco asimilado a una verdadera arma de guerra. Sin hablar del papel que tuvo en los dos conflictos mundiales, se singularizó en los movimientos de descolonización donde fue instrumentalizado como una técnica para lograr la independencia (Argelia, entre otros). También se evidenció en contextos de lucha separatista (País Vasco, Irlanda del norte y Sri Lanka) y confrontaciones internas de tipo revolucionario⁵⁰ complicadas, o no, por el juego de la rivalidad “este-oeste” (Angola, Centroamérica, Perú, etc.). En los años sesenta, se agudizaron los actos de terror internacional con una fuerte connotación nacionalista y/o religiosa y con un anclaje territorial a veces más precario que en los casos ya citados, a imagen de la violencia cometida en nombre de las causas armenia y palestina. En paralelo, el terror se volvió un recurso privilegiado por los Estados (terror fomentado desde “arriba”), en particular autoritarios, para reprimir, intimidar y/o presionar a los pueblos (Myanmar, ex Zaire, etc.). En América Latina, fue una piedra angular de la guerra contra el “enemigo comunista” en los regímenes militares que implementaron la “doctrina de seguridad nacional” importada, con grandes variantes nacionales, desde Estados Unidos (Centroamérica, Argentina, Chile y Paraguay, ante todo).

En la segunda mitad del siglo XX, la noción de “terror” también fue introducida en la teoría de las relaciones internacionales, ante todo en los escritos acerca de la disuasión nuclear. Por sus capacidades de aniquilación social, casi instantáneas que incrementan irremediablemente los costos de una confrontación, las armas nucleares han instaurado una situación de no agresión directa entre las grandes potencias y sus aliados. Con esta clase de armamento, el terror ha adquirido un alto grado de abstracción.

En efecto, a excepción de los bombardeos estadounidenses destinados a obligar a Japón a poner fin a la Segunda

Guerra Mundial en Asia (terror persuasivo), el terror nuclear no ha sido hasta ahora “postevento” a diferencia de otras formas de violencia aterrizante. La sola perspectiva de una deflagración atómica ha sido suficiente para impedir el estallido de una contienda entre potencias nucleares (terror disuasivo). En otras palabras, el terror nuclear con valor disuasivo no se ha fundamentado en el empleo efectivo de la fuerza, sino en su amenaza y cálculos acerca de su eventual uso que plantea la posibilidad de una destrucción mutua con el enemigo.

Hoy, el concepto de disuasión nuclear no se ha desvanecido. Sin embargo, ha sido cuestionado por las probabilidades de proliferación, confrontación y atentados nucleares que se predicen para el futuro, abriendo la perspectiva de nuevos escenarios de terror. Además, tras los atentados del 11 de septiembre y su hipermediatización, se ha asistido a una escalada de comentarios sobre la transnacionalización y los riesgos de terror asociados a las otras armas de destrucción masiva⁵¹. Estos ataques han puesto de relieve, de manera contundente, la vulnerabilidad de las sociedades confrontadas a unos enemigos descentralizados que tardan en mostrar su rostro y sus intenciones.

El terror procedente del 11 de septiembre ha concurrido a nutrir y renovar las políticas de seguridad⁵² en el mundo de la posguerra fría que brilla por su propensión a producir riesgos sin amenaza manifiesta.

Vinculando la idea de un sistema internacional inestable, peligroso y poco visible, analistas y hombres políticos han hecho del “terrorismo”, que es una técnica de lucha violenta, un enemigo. Cabe precisar que resulta problemático llevar a cabo una guerra contra una táctica sin haber identificado claramente a sus autores. Se hace la guerra contra enemigos, no contra formas de violencia difusas.

Indudablemente, los discursos que han declarado la guerra al “terrorismo” están en busca de nuevas figuras adversas que son indispensables para elaborar estrategias de

48 Isabelle Sommier, *Le terrorisme*, París, Flammarion, 2000, pág. 10.

49 Khosrokhavar, 2002, op. cit., págs. 45-47.

50 Sommier, 2000, op. cit., pág. 17.

51 Entren en esta clasificación, las armas nucleares, biológicas y químicas. Para una presentación de estas armas y su posible proliferación, ver por ejemplo Pierre Lellouche, Guy-Michel Chauveau y Aloyse Warhouver (relatores), *Rapport d'information sur la prolifération des armes de destruction massive et de leurs vecteurs*, París, Commission de la Défense Nationale et des Forces Armées, Assemblée Nationale-La Documentation Française, 2000.

52 Pierre Hassner, “L'action préventive est-elle une stratégie adaptée ?”, en *Esprit*, no. 287, agosto-septiembre, 2002, págs. 72-86.

defensa y seguridad. “Huérfanos” de la Guerra Fría, que había permitido identificar dos polos antagónicos, muchos países tratan hoy de reconstruir una figura del enemigo en un mundo multipolar con la retórica de la guerra “contra el terrorismo” y toman el riesgo de asociar y catalogar bajo la misma apelación (“terrorismo”) grupos armados y fenómenos de una gran heterogeneidad.

Algunos mecanismos de estructuración y difusión del terror

Estas consideraciones genéricas no ayudan a contestar una pregunta aparentemente sencilla: ¿cómo se estructura y difunde el terror?

En un plan colectivo, el terror traduce un estado de miedo exacerbado que acarrea a la vez, y de manera ambigua, sentimientos que pueden ir más allá de la parálisis y el rechazo, dado que son susceptibles de generar actos de venganza y rebeldía. En tiempo de guerra, el terror se conforma a partir de acciones violentas o su amenaza. Aquí, intervienen dos componentes fundamentales en la constitución del terror: la incertidumbre y la sorpresa⁵³. La incertidumbre y la sorpresa son de distinta índole. Distingamos en primera instancia la sorpresa y la incertidumbre derivadas de la tecnología utilizada para distribuir la muerte y el miedo. Por ejemplo, los atentados del 11 de septiembre han sorprendido por los medios utilizados y han servido de pretexto para reflexionar en torno a la diversidad de los recursos tecnológicos, no necesariamente diseñados con fines bélicos, hoy a la disposición de los actores violentos que sorprenden por su ingeniosidad para procurarse o “inventarse” instrumentos de terror. Por extensión, dichos atentados han permitido especular sobre la diseminación y el uso futuro e incierto de las armas de destrucción masiva que estarían al alcance de grupos armados privados y de Estados⁵⁴.

Además de la incertidumbre y la sorpresa tecnológicas, el terror cuenta con el factor tiempo para conformarse y ser rotundo. El carácter imprevisible de las acciones violentas,

concentradas o diluidas en el tiempo concurre a aumentar la sorpresa entre las poblaciones afligidas y a crear incertidumbre en cuanto a su eventual repetición. El juego temporal de estas dos variables (sorpresa e incertidumbre en el tiempo), se ilustra en la obsesión de seguridad patente entre los estadounidenses después del 11 de septiembre de 2001.

Por último, queremos enfatizar en las dimensiones socio espaciales de la incertidumbre y de la sorpresa. El terror tiende a territorializarse fuertemente a medida que los grupos armados ejercen un control creciente y duradero sobre regiones o zonas habitadas. Ahora bien, la escenografía actual de la violencia demuestra que la territorialización del terror es cada vez más escasa y aleatoria, sobre todo por la movilidad de sus actores, lo que incrementa los niveles de sorpresa e incertidumbre. Se nota un distanciamiento, o un divorcio, entre la territorialización y la espacialidad del terror. Esta espacialidad se diferencia de un contexto a otro y según los actores de la violencia.

Afinemos la argumentación con algunos casos. Para poner en perspectiva el terror en las guerras internas, señalemos que la selección de los blancos se efectuó con un referente espacial evidente en los ataques a Estados Unidos en 2001, aunque sus autores recurrieron a medios desterritorializados y se organizaron en redes flexibles. En una actitud de desafío de gran magnitud simbólica, los autores de los atentados procuraban golpear a los estadounidenses en sus centros políticos y económicos vitales y ponerlos en una postura de mayor inseguridad y vulnerabilidad ante el mundo. En los atentados sacrificios -que desarrollaremos más adelante- perpetrados por los palestinos en su combate contra Israel, son los espacios “vividos”⁵⁵, preferiblemente civiles, los blancos de predilección escogidos por los candidatos a la muerte que libran una guerra de territorialización indecisa y precaria. En Irlanda del Norte o en España, las técnicas de “carro bomba” atestiguan también la desterritorialización de ciertas prácticas de violencia aterrorizantes desarrolladas por los grupos armados que no controlan significativas partes de las zonas donde operan. Las agresiones “metódicas” contra los cuerpos de las víctimas son un elemento adicional de desterritorialización del terror.

53 Sobre la importancia de estos dos parámetros en el desarrollo de la guerra moderna, véase la estimulante reflexión de Robert Leonhard, *Fighting by minutes: Time and the art of war*, Westport, Praeger Publishers, 1994.

54 Los países occidentales, entre los cuales Estados Unidos, temen en un futuro próximo la diseminación y el uso de armas biológicas y químicas cuyos procesos de elaboración son globalmente menos dispendiosos que para los arsenales nucleares.

55 Noción de geografía social. Ver por ejemplo, Guy Di Méo, *L'homme, la société, l'espace*, París, Anthropos, 1991, págs. 116-211.

Dentro del proceso de expansión de la violencia hacia los civiles, los cuerpos han sido marcados, desmembrados y maltratados con frecuencia, para causar sentimientos difusos de terror entre las poblaciones atrapadas en la incertidumbre y la sorpresa. Los cuerpos son, en este sentido, la prolongación y/o el sustituto de los territorios del enemigo que no se pueden atacar ni controlar con firmeza. Se han vuelto los espacios de proyección del terror que se inclina en muchos aspectos hacia la desterritorialización.

Tras haber destacado la pluralidad de la incertidumbre y la sorpresa inherentes al terror, profundicemos en el análisis. El terror requiere mecanismos para estructurarse y circular en el cuerpo social con el fin de tener un efecto de "resonancia" y acceder al estatuto de violencia social. Reclama previamente teatralizar la violencia y presupone formas de destrucción y eliminación (primeros blancos) para luego afectar a otros grupos poblacionales⁵⁶ (objetivos finales). Es decir, que necesita testigos y un amplio público para dispersarse en el tejido social. Todos los actos de violencia que atenten contra la integridad física y/o moral pueden originar terror que se inscribe en varios repertorios de acción y recorre múltiples caminos. Entre éstos, se destacan: los atentados, los asesinatos selectivos, las masacres, la tortura, las amenazas, el secuestro y los ataques a la infraestructura de un país. El terror se apoya en interacciones cotidianas y, en una época moderna de globalización intensificada, en canales de comunicaciones para diseminarse y encontrar un largo público. Dependiendo de la colectividad humana considerada, la receptividad al miedo no es uniforme ni total. La permeabilidad al miedo es sujeta a distintas variables. Citemos en desorden: la indiferencia y la costumbre de la violencia; la legitimidad y el respaldo popular de los actores armados; la creencia en las instituciones estatales para asegurar la protección de los ciudadanos; la cohesión social; y la capacidad de movilización y reacción de la sociedad civil.

En resumidas cuentas, el terror solicita dispositivos comunicativos, donde los juegos de mediaciones, el poder de las imágenes y los rumores conforman la "atmósfera" de numerosas guerras, y se constituyen, por excelencia, como vías de transmisión del terror.

Terror y terrorismo: entre similitud y confusión

¿Cómo se articula entonces lo que se suele llamar el "terrorismo" con el terror? Cuando no es empleado como sinónimo del terror, el "terrorismo" corresponde en teoría a las tácticas o técnicas violentas que participan en la transmisión del miedo. A raíz de los atentados del 11 de septiembre, la palabra "terrorismo" ha irrumpido con fuerza en los discursos sobre la seguridad y el imaginario de la guerra. Su uso ha sido objeto de una inflación exponencial que hace del terrorismo una noción algo "vacía" de significado y particularmente problemática⁵⁷. Sirve de manera genérica y equívoca para definir casi todas las situaciones de violencia armada. Además, desde la Segunda Guerra Mundial ha tenido un creciente tono negativo divulgado por las autoridades oficiales para deslegitimar a los grupos no legales que atentan contra su autoridad y sus intereses (Argelia en la descolonización, Perú con Sendero Luminoso, Colombia hoy, administración del presidente G. Bush en su lucha contra Al Qaeda, etc.).

A pesar de estas limitaciones iniciales, tratemos de aproximarnos a su núcleo conceptual. Aunque la frontera entre el terror y el terrorismo es eminentemente porosa y fluida, podríamos atrevernos a decir que el terror remite a una situación de miedo efectiva o planeada mientras que el "terrorismo" se refiere a los medios y registros de acción dinámicos que pueden encaminar a dicha situación. El terror no es irremediamente el producto de tácticas que, en sus intenciones, pretenden difundir un miedo social, es decir del terrorismo. Es más bien el fruto de numerosas variables correlacionadas: magnitud de la violencia, "debilidad" psicológica de las víctimas, cotidianidad de los actos de coerción, etc. Explorando todos los mecanismos posibles de difusión del miedo y los factores sorpresa-incertidumbre ya mencionados, el "terrorismo" consiste en unas operaciones teatralizadas circunscritas en el tiempo y el espacio con efectos maximizadores o amplificadores sobre el tejido social. Con pocos recursos, el "terrorismo" aspira a tener un gran impacto psicológico (miedo) para crear importantes fenómenos de zozobra e inercia gracias a las redes de comunicación y las interacciones entre la población (papel de los rumores, testimonios, etc.). En los estudios militares, esta noción de maximización se

57 Didier Bigo, "L'impossible cartographie du terrorisme", Dossier "Terrorisme", sitio de la revista *Cultures & Conflits*. Texto disponible en: www.conflits.org [consulta: diciembre de 2002].

56 Sommier, 2000, op. cit., págs. 20-22.

correlaciona con el principio de “economía de fuerzas” que no aboga por involucrar y agotar de una vez todos los recursos y medios de lucha disponibles⁵⁸. Por el contrario, busca desgastar y debilitar al enemigo con técnicas, de terror por ejemplo, que saben “destilar” la violencia en el cuerpo social sin exponer demasiado ni comprometer muchas energías. Entonces, el “terrorismo” no es más que un mensaje expresado y valorizado gracias a formas de violencia que se exhiben deliberadamente en toda su brutalidad. Busca mediaciones⁵⁹ que sean institucionales con el secuestro o el asesinato de figuras políticas, técnicas por intermedio de los sabotajes o antipoblaciones con las masacres y los secuestros masivos, por ejemplo.

En vez de decir “terrorismo” deberíamos hablar de relaciones terroristas entre unos actores violentos y su entorno. Gracias a las mediaciones, los protagonistas del “terrorismo” (la desprestigiada Vulgata de los “terroristas”) quieren presionar, vulnerabilizar y paralizar parcial o totalmente a los gobernantes y a los pueblos. Los “terroristas” pretenden también anular, o por lo menos fragmentar, los lazos sociales y la solidaridad entre las poblaciones y el poder legal, demostrando que éste es incapaz de garantizar la seguridad y el bienestar de los ciudadanos (Colombia). Estos objetivos son parciales e intermedios ya que los “terroristas” persiguen otros fines políticos, identitarios y económicos, difícilmente descifrables para los observadores que se limitan a menudo a constatar las manifestaciones espectaculares de la violencia y los daños y sufrimientos que el terror implica.

Sin embargo, esta presentación de las relaciones “terroristas” suscita varias objeciones e interrogantes. Por simplicidad, aludiremos a tres de éstos. Por un lado, hoy en día entran en la condición de “terrorismo” la mayoría de los actos coercitivos cometidos por los grupos ilegales sin que haya siempre debates de fondo sobre la validez de la noción en sí, ni una contextualización de la violencia. Por otra parte, las prácticas terroristas no logran sistemáticamente instaurar un miedo duradero, sino temporal y disperso. Es más, estimulan la movilización activa contra sus autores con la indignación, la ira, los ciclos vengativos y la represión militar por parte de las

fuerzas del Estado. Por último, la calificación de “terrorismo” opaca a menudo las motivaciones de los grupos violentos que no quieren sembrar metódicamente terror ni paralizar los espacios sociales.

En esta óptica, podemos preguntarnos si los responsables de las masacres en Argelia, Colombia o la ex Yugoslavia pueden siempre ser clasificados de “terroristas”. En estos escenarios de guerra, ¿prepondera la voluntad de inmovilizar e intimidar o más bien de eliminar a la población? De pronto, lejos de excluirse, estos móviles se suceden o se mezclan para explicar la trama de la violencia que origina fenómenos de terror circulares. Solo un análisis preciso de las estrategias y de las prácticas de la violencia permite dar elementos de respuesta a esta cuestión que discute finalmente la pertinencia de la noción.

El hecho es que ante su banalización en los comentarios sobre la violencia de la “posguerra fría”, el terrorismo se ha desvalorizado en calidad de herramienta conceptual. Por lo tanto, preferimos volver a la idea, tal vez más estática, pero menos problemática de terror, que podemos desarticular en cinco ramas: la intencionalidad de los actos de terror correlacionados con fines (terror estratégico); los resultados de estos actos que, en los hechos, pueden diferir de las expectativas y de la utilidad esperada del uso de la coerción; las manifestaciones de un terror más atomizado y anómico⁶⁰; los discursos oficiales que rodean la implementación del terror; y las percepciones del terror contemplado desde el punto de vista de las víctimas. Estos estratos de análisis son de cierta utilidad a la hora de indagar en las complejas interacciones entre las modalidades de la guerra y el terror.

Interacciones entre las modalidades de la guerra y del terror

La destrucción y posesión de los cuerpos

El estudio de las guerras actuales recalca la importancia del cuerpo en las prácticas de violencia, y de terror en particular. En Angola, Argelia, Ruanda, Sierra Leona, Colombia y la ex Yugoslavia, la dispersión de los cuerpos de las víctimas ha tomado grandes proporciones, la cual no deja de interpelar al analista y se presta para interpretaciones divergentes.

La exposición de los cuerpos en diferentes lugares públicos

58 El principio de economía de fuerzas ha sido explicitado, entre otros, por el Mariscal Foch, *Des principes de la guerre*, París, Imprimerie Nationale Editions, 1996, págs. 143-197.

59 François-Bernard Huyghe, “Cadavres dans le salon: Image, stratégie, terreur”, junio de 2002. Documento disponible en : www.strategic-road.com [fecha de consulta: octubre de 2002].

60 Para el caso colombiano, ver Daniel Pécaut, *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Espasa, 2001, págs. 187-225.

puede marcar a la vez el desprecio por la vida humana, la intensidad de las contiendas armadas, la rapidez en la ejecución de estas acciones que no permitieron llevarse y sepultar a los cadáveres o aún una estrategia que consiste en exhibir las víctimas a la sociedad (demostración de fuerza para intimidar).

La simple vista de los cuerpos puede engendrar sentimientos de terror entre las poblaciones. No obstante, el terror producido en el tejido social no responde inevitablemente a estrategias implementadas por los grupos bélicos (desfase entre las finalidades de la violencia y sus repercusiones).

Cuando el terror se enlaza con planes de parálisis del tejido social o de dominación, reviste intencionalidad, es decir, dimensiones estratégicas⁶¹, y se convierte en una herramienta de guerra. Se acentúan las funciones de teatralización y comunicación en la violencia, y finalmente su carga simbólica y comunicativa. La guerra y el terror confluyen para transmitir mensajes donde el reparto espacial de los cuerpos cumple con una clara labor de información en la violencia. Los cuerpos son así mutilados, desmembrados y deformados antes de ser exhibidos (Angola, Colombia, Liberia, Sierra Leona...) para tener un gran impacto en el tejido social.

Considerando su valor estratégico (económico, político, moral, militar y logístico) ya destacado, las poblaciones se han vuelto los principales "centros de gravedad" de las confrontaciones y los blancos de las mediaciones violentas entre actores armados. Asaltar a los pueblos no es únicamente una estratagema de guerra para debilitar al adversario y acumular fuerzas difundiendo terror sino también una señal enviada al entorno. Por un lado, se trata de romper, prevenir e impedir las afinidades entre la población y el enemigo (terror represivo o disuasivo). Por otra parte, es cuestión de mostrarle al rival que es costoso seguir luchando e impensable ganar la guerra (terror intimidante y desmoralizante).

En oposición con el arquetipo de guerra "trinitaria" (que hace una diferencia entre el poder político, el ejército y la población) pensada por Clausewitz entre los siglos XVIII y XIX cuando los soldados eran los mayores protagonistas y damnificados de los combates⁶², los grupos armados de hoy libran, en muchos conflictos, una guerra por cuerpos

interpuestos entre las poblaciones. Pulverizan la "trinidad" de la guerra en la medida en que ataca a cualquier componente de esta trilogía, erosionando su cohesión. Parecen también aplicar el principio de "economía de fuerzas" al tratar de acumular poderío en detrimento del enemigo y de los civiles sin exponerse con exceso al fuego adverso y comprometer energías en confrontaciones directas seguidas.

Cabe resaltar que las agresiones contra los cuerpos son a menudo la huella de estrategias de posesión y de demostración de fuerza. Se trata de destruir, dejando huellas y emitiendo un mensaje en el entorno. Las prácticas de tortura, por ejemplo, le quitan y niegan su identidad a la víctima con la brutalidad y el terror procedentes de la degradación psicológica y física del cuerpo. Los métodos de tortura pueden ser asimilados a procesos de sujeción y deconstrucción del otro⁶³, obedeciendo a esquemas de control socioespacial que pasan a veces por una política de destrucción y eliminación masiva como lo desvelan la doble política de exterminación y desplazamiento interno llevada a cabo por el régimen "khmer rojo" contra la población en Camboya⁶⁴ y la "cacería de hombres" organizada por los hutus contra los tutsis en Ruanda⁶⁵.

En una publicación anterior⁶⁶, sosteníamos que los autores del genocidio rwandés de 1994 (poder oficial, milicias y campesinos hutus) se habían esforzado por contraer el tiempo de las matanzas con el objetivo de asesinar al mayor número de personas en pocas semanas. Recordando que este genocidio se alejó de la visión clásica de la guerra con una sistematización de las agresiones contra los pueblos tutsis, es importante recalcar que el terror no fue globalmente pensado como un modo de control colectivo estable y masivo. Para los autores de las matanzas, fue más bien un soporte a los actos de destrucción y "posesión" de

62 Tipo de guerra cuestionado por Martin Van Creveld, *La transformation de la guerre*, París/Monaco, Editions du Rocher, 1998.

63 Elaine Scarry, *The body in pain: The making and unmaking of the world*, Oxford, Oxford University Press, 1985, págs. 60-62.

64 Sobre el sistema de violencia y terror desarrollado por la administración "khmer rojo", véase Ben Kiernan, *Le génocide au Cambodge 1975-1979*, París, Gallimard, 1998, en particular págs. 306-454.

65 Para una contextualización histórica del genocidio, remitimos a Gérard Prunier, *The rwanda crisis 1959-1994: History of a genocide*, Londres, Hurst y Company, 1995.

66 Eric Lair, "El terror, recurso estratégico de los actores armados: Reflexiones en torno al conflicto colombiano", en *Análisis Político*, no. 37, mayo-agosto, 1999, págs. 64-76.

61 La noción de "estrategia" ha sido desarrollada en numerosos trabajos en ciencias sociales. Ver por ejemplo, Michel Crozier y Erhard Friedberg, *L'acteur et le système*, París, Editions du Seuil, 1977.

los grupos hutus, en un proyecto de aniquilación del otro (el terror permitió limitar los desplazamientos y amontonar a los tutsis antes de ejecutarlos, los puso en posición de inferioridad ante sus verdugos, etc.). Las víctimas, por su parte, vivieron durante semanas en un profundo estado de terror que fue una de las resultantes de la magnitud de la violencia y del “espectáculo” ofrecido por los cuerpos descuartizados y abandonados sin sepultura.

Complementemos esta visión siguiendo el hilo conductor del terror. Ciertos estudios⁶⁷ han demostrado que en algunas circunstancias —minoritarias— los hutus dejaron voluntariamente sobrevivientes para que relataran las masacres. De esta manera, los perpetradores de la violencia legaron una herencia del horror y del terror para marcar a futuras generaciones tutsis.

Ilustremos este propósito con el tema de las violaciones. Al igual que en la ex Yugoslavia, la violación de las mujeres tutsis se transformó en un arma de guerra con una evidente “misión” aterrizante. Se estima que unas 200.000 tutsis fueron violadas en esa época, a veces en público. La violación fue la oportunidad de aterrizar al otro y humillarlo. Hizo parte de un proyecto de destrucción identitaria en una relación de “proximidad” o cara a cara con el enemigo: el cuerpo fue tratado y despreciado como si fuese un objeto o una figura de la animalidad; se buscaba alterar su integridad y deshumanizarlo. En varios casos, tras ser violadas, las mujeres no fueron asesinadas para que atestiguaran el terror que vivieron y se sintieran avergonzadas de haber sido penetradas y poseídas.

Algunas de ellas fueron conscientemente dejadas embarazadas por los hutus. Embarazar por la fuerza a las mujeres actuó en un doble registro simbólico: la alteración y la purificación del otro. Los embarazos representaron una vía para afectar la descendencia de los tutsis y “purificar” al bando enemigo al introducir genes hutus en los cuerpos. Las prácticas sexuales forzadas tuvieron una función de guerra adicional ya que muchas mujeres violadas fueron contaminadas por el virus del sida. Las violaciones han sido entonces equivalentes a una muerte lenta para las víctimas cuando no fueron inmediatamente asesinadas después del acto sexual. Con embarazo o sin este, estas sevicias sexuales han sido un canal de transmisión de infección viral, de sufrimiento psicológico y corporal y de muerte entre generaciones.

En todos estos aspectos, el terror se ha combinado con una variedad de sentimientos difusos y contradictorios (humillación, pérdida de identidad, impotencia ante la brutalidad de la violencia, ánimo de venganza, etc.) y se ha dilatado en el tiempo, creando continuidades entre el pasado, el presente y el porvenir de la población tutsi (terror capilar y circular).

Para concluir sobre este parte acerca de la simbólica de los cuerpos, es menester señalar la importancia de los usos del terror en el interior de las organizaciones armadas y el papel desempeñado por las prácticas de antropofagia constatadas en varios conflictos internos (Mozambique, Angola, Sierra Leona, etc.).

Los castigos corporales y los asesinatos intraorganizacionales, cometidos en presencia de los demás miembros del grupo, pretenden mantener una disciplina y una cohesión por el uso de la coerción y el terror. Remiten al cumplimiento de las reglas, a la administración de la justicia y al código de honor de las facciones armadas. En Mozambique, por ejemplo, la guerrilla de la RENAMO⁶⁸, en pelea contra un gobierno de inspiración comunista, se distinguió en los años ochenta por recurrir a las prácticas de crueldad con el propósito de sancionar de forma ejemplar y aterrizante las insumisiones y los intentos de desertión o aun de “integrar” a los recién reclutados. En cuanto a la antropofagia, surge en dos grandes contextos socio estratégicos bélicos. En primer lugar, ésta se asemeja precisamente a “ritos” de entrada que ambicionan estimular la integración de los combatientes a las filas de los grupos armados: forzar a los recién reclutados a cocinar y comer seres humanos, sobre todo sus familiares, permite de-socializarlos por el terror con el fin de debilitarlos emocionalmente y luego vincularlos a la organización. La idea radica en deconstruir el ámbito social y afectivo de los individuos para recuperar y acogerlos dentro de la entidad armada (terror con vocación inclusiva) que debe ser su principal espacio de socialización⁶⁹ (procesos de socialización en la guerra precarios y efímeros ya que la amenaza de muerte es permanente).

En otras oportunidades, se identifican conductas antropófagas impuestas por los actores violentos a la

67 Ver por ejemplo las investigaciones que se pueden consultar en el sitio: www.hri.ca [consulta: noviembre de 2002].

68 Resistencia Nacional de Mozambique. Para un relato histórico de este grupo guerrillero y del conflicto armado en general (1976-1992), ver Malyn Newitt, *A history of Mozambique*, Bloomington, Indiana University Press, 1995.

69 El ejemplo de la guerra mozambiqueña fue elocuente al respecto, ver Geffray, 1991, op. cit., págs. 93-116.

población o a sus rivales armados para romper su voluntad de lucha. Se trata de provocar una “catástrofe” traumática que hace intervenir sentimientos de terror, desolación, sufrimiento y autodesvalorización consecutivos al consumo de órganos humanos⁷⁰. Semejantes acciones apuntan a conseguir la paz y la homogeneización de los territorios, o por lo menos a evitar la resistencia de los pueblos ante la imposición de un orden armado.

Las desapariciones forzadas de poblaciones

En contraste con esta “orgía” de cuerpos, ciertas modalidades de la violencia se singularizan por la desaparición de éstos. A la abundancia sucede la ausencia de cuerpos, la cual propicia la incertidumbre, la sospecha, la desconfianza, la imposibilidad de entrar en luto y el terror.

En la “Guerra Fría”, las técnicas de desaparición forzada hicieron parte del dispositivo coercitivo de los Estados latinoamericanos, por ejemplo, en su contienda contra el “enemigo interno comunista” (Chile, Argentina, Centroamérica, etc.). Por su carácter aleatorio y sorpresivo, las desapariciones abrieron el paso a la propagación de un terror a menudo fomentado desde “arriba”. A lo largo de esos años, el terror fue para los aparatos estatales un elemento de control social y de fragmentación de las redes de solidaridad.

Con regularidad, las desapariciones forzadas coexistieron con otros modos de coerción y de terror como las amenazas, los desplazamientos de poblaciones, los asesinatos selectivos y las políticas de exterminación⁷¹, aunque en la Argentina de los años de la dictadura militar, los secuestros fueron tan sistemáticos que lograron dominar el panorama general de la violencia estatal⁷². Hoy en día, el terror asociado a las desapariciones coercitivas se inserta en la privatización y la descentralización de la violencia vigente en múltiples conflictos armados: se desinstitucionaliza. Las

desapariciones dan cuenta de las diversas modalidades de la violencia armada. Mientras se intensifican los mecanismos jurídicos y las presiones de toda índole para limitar y castigar los crímenes contra los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario, los métodos de desaparición forzada presentan la ventaja de ejercer la violencia sin llamar demasiado la atención de la comunidad internacional o de las opiniones públicas nacionales, a diferencia de las masacres, por ejemplo, que suelen ser más “espectaculares” cuando los cuerpos de las víctimas no son escondidos.

Las desapariciones sirven distintos objetivos. Con frecuencia, son el preámbulo a la tortura que, además de someter al otro, permite obtener informaciones sobre el campo enemigo y quebrar su voluntad de lucha⁷³. Allí, la violencia contra los cuerpos (tortura) se fusiona con los secuestros para definir los fundamentos de lo que los expertos en asuntos militares llaman la “guerra psicológica”⁷⁴.

A parte de su utilidad lucrativa con el secuestro de extorsión, la cual es central en la economía de guerra de los actores ilegales (el conflicto colombiano es ilustrativo al respecto), las desapariciones preceden también a las eliminaciones físicas perpetradas de manera insidiosa o, en una lógica más aterrizante, son un conducto para atemorizar a sus víctimas directas y a sus parientes, antes de devolverles la libertad.

A medida que se expande la confrontación, las desapariciones se convierten en modos de castigo en represalia al apoyo brindado al enemigo, o cumplen con una función preventiva para evitar que el adversario se beneficie de cualquier tipo de ayuda.

Sabiendo que las desapariciones debilitan al enemigo sin dejar muchos indicios de violencia, esbozan un horizonte de guerra que se aleja de la idea clásica de los conflictos armados forjada desde Clausewitz y sus contemporáneos. Con la repetición de las desapariciones, se vela progresivamente el espectro de los combates (idea de “acción-reacción” en la violencia guerrera) omnipresentes en la literatura militar. En consecuencia, se priva, momentánea o permanentemente, de confrontación armada a los beligerantes, los observadores y la sociedad en su conjunto. Las desapariciones no dan una proyección

70 Dejamos de lado los casos de antropofagia donde los consumidores se fortalecen mostrando que su violencia no tiene límites o absorbiendo la fuerza y la energía de sus víctimas.

71 Daniel Hermant, “L’espace ambigu des disparitions politiques”, en *Cultures & Conflits*, no. 13-14, primavera-verano, 1994.

72 Antonius C. G. M. Robben, “The assault on basic trust: disappearance, protest and reburial in Argentina” en Robben y Marcelo M. Suárez-Orozco (eds.), *Cultures under siege: Collective violence and trauma*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 70-101.

73 Ibid, pág. 71.

74 Sobre este tema, véase François Géré, *La guerre psychologique*, París, Economica, 1997.

precisa de los teatros y de las dinámicas de guerra cuyos espacios de estructuración y reproducción resultan evanescentes.

Además, las desapariciones hacen precarias las fronteras entre la vida y la muerte⁷⁵. En un ambiente de terror difuso que explota la sorpresa y la incertidumbre, ¿cómo saber con certeza que los desaparecidos están muertos o vivos y quién será el próximo blanco? ¿Cómo anticipar e interpretar la violencia cuando sus agentes no tienen un rostro identificable y actúan en la sombra?

En estas condiciones, la no-devolución de los cuerpos obstaculiza la rememoración de los desaparecidos. Queda difícil otorgarles el estatuto de “héroes” ya que no se tiene una representación exacta de las circunstancias de la muerte ni de la confrontación general. La desaparición contribuye a desfigurar la oposición armada y el imaginario que se forma alrededor del combatiente. Ahora bien, dicho imaginario es fundamental durante y tras la confrontación armada para comprender su trama. Alterar la imagen del combatiente es no sólo oponerse a la conmemoración de las víctimas de la guerra, sino también negar su existencia y minimizar la magnitud de lucha armada. En el período postconflicto, las desapariciones se vuelven un punto de debate fundamental en la reconstrucción de la memoria de la violencia. Para los familiares y los defensores de los desaparecidos, empieza una larga campaña por el reconocimiento del estatuto de las víctimas, combatientes o no, y la administración de la justicia⁷⁶.

Estas prácticas de guerra disimulada abarcan un largo espectro de definición del enemigo que se halla cada vez más entre la población civil (volvemos aquí a la noción de guerra contra los civiles). Sus autores explotan los efectos, teóricamente paralizantes y desmoralizantes del terror causado por la desaparición, no sólo contra los rivales armados, sino también contra sus familiares y compañeros. Es decir, que los secuestradores diseminan un terror circular que, por ejemplo, procuró dislocar el tejido social en Argentina y Guatemala en los años ochenta, y ambiciona tener efectos similares hoy en Colombia, en una dinámica de privatización de la violencia más palpable.

Ante la “invisibilidad” de la guerra ocasionada por las desapariciones, se presenta la posibilidad de (re)introducir

elementos de teatralización de la violencia con agresiones aterradoras contra los cuerpos del enemigo y los espacios de sociabilidad (ejemplo de la descolonización en Argelia, Perú y Sri Lanka, en los años 1980-1990, etc.) cuyo impacto será analizado a continuación. En otras palabras, al terror “encubierto” que acompaña las desapariciones, responde a un terror-espectáculo heterogéneo que reivindica personificar y ostentar la brutalidad de la guerra, organizando juegos de comunicación en la violencia. Finalmente, vemos que las tácticas de desaparición forzada reflejan y nutren la configuración de algunas guerras contemporáneas (Argelia, Argentina, Guatemala, Perú, Colombia, etc.) donde el campo de confrontación es elusivo y la violencia capaz de emerger en cualquier momento y lugar.

Los espacios, blancos de la violencia: entre lógicas de territorialización y desterritorialización

Para finalizar este estudio, queremos reflexionar acerca de ciertas dimensiones espaciales del terror. Muchos análisis han insistido en que la violencia y el terror conocen hoy procesos de desterritorialización⁷⁷. De hecho, varias experiencias de violencia ya mencionadas no registran un fuerte anclaje territorial.

No obstante, la escasa territorialización o su ausencia, no debe llevar a pensar que la violencia está exenta de aspectos socio espaciales. Ciertas prácticas violentas buscan la deestructuración total o parcial del espacio sin que se denoten necesariamente una voluntad y una capacidad para ocuparlo, controlarlo y defenderlo con estabilidad⁷⁸.

Los bombardeos y los atentados a menudo perpetrados con explosivos son ilustrativos de lo anterior. Los ataques de artillería y aéreos (bombardeos) son uno de los símbolos de la guerra moderna: a lo largo del siglo XX, fueron usados en los procesos de descolonización (Indochina, Argelia, Vietnam, etc.), los movimientos separatistas (kurdos, bien sea en Turquía o en Iraq, etc.), las “rebeliones” armadas (Guatemala, Myanmar, Angola, etc.) así como en el marco de las confrontaciones interestatales (dos conflictos mundiales, Irak contra Irán, coalición contra el Irak de Saddam Hussein, etc.) y, más recientemente, en

75 Robben, op. cit., pág. 82.

76 El lector encontrará varias reflexiones en torno a los temas de la memoria, la celebración de los muertos y la justicia en las sociedades postbélicas en la publicación de Richard Werbner (ed.), *Memory and postcolony*, Londres, Zed Books, 1998.

77 En el caso colombiano, ver Pécaut, 2001, op. cit., págs. 227-256.

78 Para una diferenciación entre las nociones de territorialización y espacialización, el lector se referirá útilmente a los estudios compilados en Beatriz Nates (comp.), *Territorio y cultura*, Manizales, Artes Gráficas Tizan, 2002.

la descomposición de la ex Yugoslavia y en la guerra olvidada entre Etiopía y Eritrea.

En lo que concierne a los atentados, son tradicionalmente los artefactos privilegiados por las facciones que no tienen los recursos suficientes para enfrentarse de forma directa con el enemigo o que, por economía de fuerzas y por limitar sus pérdidas en combate, prefieren evitar una oposición directa contra las fuerzas militares regulares, estimadas superiores (caso de los grupos independentistas y secesionistas en España, Irlanda del Norte, Sri Lanka, etc.). A veces recriminadas por ser técnicas de acción que cobran vidas por sorpresa entre las poblaciones, las modalidades de los atentados tienden a tener un asentamiento territorial particularmente débil aunque sus autores puedan sentirse los depositarios de una causa ideológica y/o representar ideales políticos y comunitarios con un evidente sustrato socio espacial: Irlanda del Norte, Sri Lanka, Israel-Palestina, etc.

Abramos un paréntesis para decir que los mediáticos atentados del 11 de septiembre de 2001, excluidos del presente artículo, llamaron la atención por sus modalidades no territorializadas y descentralizadas. Pero sería equivocado alegar que el espacio no fue tomado en consideración por parte de sus perpetradores. Los espacios habitados o "vividos", con su valor simbólico, fueron de suma importancia a la hora de seleccionar los blancos. La idea era golpear a Estados Unidos en su propio territorio (importancia estratégica y táctica del territorio pero sin voluntad de territorialización por parte de los violentos) y en centros de poder políticos y económicos neurálgicos, con la ambición de sacudir y humillar a la potencia estadounidense en una relación "asimétrica" entre un Estado poderoso y unos "nómadas" de la violencia. Los atentados suicidas cometidos contra Israel presentan también una propensión a la desterritorialización de la guerra con procesos de "valorización destructiva" de los espacios de vida. Expliquémonos: éstos son escogidos y "cotizados" para ser los lugares de concentración de la violencia armada con el mayor impacto posible sobre el tejido social israelí (efecto maximizador de los atentados, vehículos del terror). Es decir que, por lo general, los teatros y el tiempo de la violencia no son fortuitos. Sus actores eligen momentos y espacios de gran afluencia humana (cines, supermercados, calles concurridas, sinagogas, etc.), retenes y puestos militares enemigos para adelantar sus operaciones, aprovechándose de los factores sorpresa-incertidumbre. La violencia aleatoria y sin frente estable propuesta por los que se sacrifican en nombre de la defensa de una Palestina independiente del Estado hebreo

y del Islam contrasta con la territorialización y la segregación socio espacial impuesta por el poder israelí. La fluidez de la guerra de los palestinos choca contra un Estado constituido que quiere bordar territorialmente su autoridad y su seguridad.

Aquí se mezclan en forma inextricable el terror paralizante e intimidante (de tipo estratégico: golpear para presionar al gobierno y a la sociedad y desolidarizarlos) y el anhelo de destrucción sin buscar sistemáticamente provocar miedo colectivo. En efecto, ¿cómo saber si los autores de los atentados aspiran más a generar terror que a provocar muertes?

Estudiosos del tema dan elementos de respuesta a este interrogante⁷⁹. Desde la segunda mitad de la década de los noventa, la guerra ha conocido un salto cualitativo y cuantitativo en una espiral de destrucción "exuberante". Los atentados ya no son simplemente una vía privilegiada para obligar, bajo el terror, a los israelíes a aceptar la conformación de un Estado nación palestino. Marcan el desespero de unos activistas que, ante el incumplimiento de los acuerdos de paz y la no efectividad de un Estado árabe en Palestina, deciden huir de una realidad militar y sociopolítica desfavorable y sacrificarse matando a sus enemigos. En un imaginario de guerra complejo donde los ciclos de venganza y el honor alimentan la violencia, esta muerte sacrificial tiene una creciente connotación religiosa. Los sacrificios son un medio de escapar de una sociedad bloqueada con su cohorte de desilusiones y un camino para acceder al paraíso, prometido en el Corán⁸⁰ a los creyentes que reivindican la defensa del Islam por vía de las armas⁸¹. En otras palabras, lo que en el exterior es un suicidio, equivale, para estos musulmanes, a una categoría heroica del martirio: el sacrificio mortífero.

Los cuerpos de los ejecutantes y de las víctimas de la violencia son la encarnación de la (des)materialización y los campos de batalla de una guerra volátil. Producir muerte y terror con la diseminación de cuerpos desmembrados por las explosiones no es la continuación de una guerra interna con una fuerte base territorial (como en algunas regiones de la ex Yugoslavia, de suponer que esta fue una guerra de

79 Khosrokhavar, 2002, op. cit., págs. 173-220.

80 Libro sagrado del Islam.

81 Vale aclarar que el Corán no incita necesariamente a una defensa violenta del Islam. Existen una ética y unas condiciones, negadas por los grupos armados que se reclaman defensores del Islam, acompañando el uso de la violencia. Ver Jean Flori, *Guerre sainte, jihad, croisade*, París, Editions du Seuil, 2002, págs. 67-100.

naturaleza interna, y en Ruanda). Es la señal de una guerra con una territorialización, por ahora, casi imposible para los palestinos en la cual el terror se articula con estrategias de desgaste de la sociedad israelí, de demostración de fuerza efímeras (paradójicamente, y a diferencia de los que desaparecen como ya lo mencionamos, mostrarse en la muerte sacrifica es afirmarse en la violencia ante la sociedad israelí y animar a futuros voluntarios al martirio) y a proyectos de deconstrucción plurales: sacrificio de los voluntarios a la muerte, eliminación física y simbólica de los israelíes, erosión de la cohesión y de la confianza dentro de la comunidad política, social y religiosa de los judíos, etc. Más allá de estos aspectos “utilitarios”, uno se puede preguntar si la sucesión espacio temporal de los atentados no está creando también una violencia y un terror más prosaicos y anómicos que encierran cada vez más a los actores en conflicto en una guerra prolongada donde los fines y la solución negociada parecen inalcanzables y borrosos.

En otros escenarios de confrontación, la violencia “recupera” elementos de territorialización. Por su configuración, sus atributos y sus funciones, los espacios geográficos pueden servir estrategias de conquista socio espacial, más territorializadas, que se inscriben dentro de lógicas económicas (zonas de riquezas indispensables para sostener el esfuerzo de guerra y acumular poderío), militares (corredores de movilidad, puntos de abastecimiento y descanso, etc.) políticas (tener influencia sobre la población para aparecer como un poder de facto local), o aún de referentes históricos y comunitarios glorificados y mitificados (espacios con una profunda carga emotiva: Kosovo para los serbios, por ejemplo).

¿Cómo territorializar la violencia? En primer lugar, ocupando momentánea o permanentemente los lugares de confrontación y las zonas circunvecinas (espacios en disputa o controlados por un actor armado). Lo cual implica un importante despliegue militar (aunque los francotiradores permiten controlar sectores geográficos y obstruir la circulación, destilando terror, a menor costo como lo evidenció la guerra de disolución del Estado yugoslavo), posibles enfrentamientos entre bandos antagónicos, lazos entre los grupos armados y la población y/o una administración del territorio por el terror u otros métodos menos coercitivos. Igualmente, la guerra se territorializa gracias a unos dispositivos armados de circunvalación (retenes móviles o estáticos, cordones de seguridad, etc.) que “fijan” las posiciones del enemigo (ciudades en el Líbano o la ex Yugoslavia) y/o la conducta de asaltos aterradoras (bombardeos, incursiones terrestres, etc.).

Los ataques a los edificios, los monumentos y la infraestructura pueden marcar una territorialización del conflicto como se observó durante las campañas de guerra urbana adelantadas en la ex Yugoslavia⁸² donde el empeño para desarrollar los combates adentro y alrededor de las ciudades fue tan significativo que se evocó la idea de “urbicidio” (Sarajevo, Srebrenica, Gorazde, etc.). Cabe añadir que se trataba más que todo de una territorialización precaria y de índole militar táctica. Pero, al mismo tiempo la guerra se desterritorializó por la eliminación y/o el desplazamiento de las tropas y poblaciones enemigas atemorizadas. Para los asaltantes, las incursiones “relámpago”, los disparos de los francotiradores y las técnicas de sitio con bombardeos privaron al enemigo de su base territorial y de sus espacios de vida pasados, presentes y futuros. Hubo una voluntad de desterritorialización que permitió erradicar la presencia adversa en varios teatros de guerra, y de manera simbólica aniquilar su identidad sabiendo que el territorio es el espacio o la base de construcciones individuales y comunitarias. Es decir que las estrategias de desterritorialización afectaron la memoria y la historia de sus víctimas, las cuales fueron además violentadas en sus cuerpos en operaciones de deconstrucción identitaria (violaciones, torturas, etc.).

Para no concluir...

Este último ejemplo subraya y simboliza la importancia del espacio en las prácticas de violencia y de terror, las cuales se reparten de manera inextricable entre la territorialización y la desterritorialización, contribuyendo a hacer de la guerra un fenómeno polimorfo y opaco.

Precisamente, este artículo ha intentado disipar esta impresión de opacidad que los analistas en cuestiones militares denominan “la neblina de la guerra”. En pocas líneas, no fue posible establecer un balance actual de la guerra en articulación con el terror con base en ejemplos precisos y detallados. El objetivo era más bien proponer elementos de reflexión transversales acerca de estas dos nociones cuyas manifestaciones inundan la historia cotidiana de numerosas colectividades humanas. Falta una caracterización (histórica, social, militar, etc.) más detallada de los países que viven en guerra bajo el yugo

82 Para una introducción al estudio de esta guerra analizada en sus dimensiones bosnias, ver Xavier Bougarel, *Bosnie: Anatomie d'un conflit*, París, La Découverte, 1996.

del terror para sacar conclusiones diferenciadas sobre su respectivo papel en la evolución de las sociedades y un análisis del “terrorismo” asociado a los atentados del 11 de septiembre y sus consecuencias internacionales (caso que no quisimos hacer entrar en la categoría de guerra por motivos ya expuestos). Además, la guerra y el terror se mezclan a menudo con otros parámetros no analizados aquí como la simpatía con los actores bélicos o la indiferencia ante el sufrimiento de los afectados por la violencia.

A pesar de estas limitaciones, vemos que la guerra y el terror se retroalimentan desde hace varias décadas dibujando una violencia societal pluridimensional y descentralizada que atomiza las esferas públicas. En muchos casos, el terror es un resultado de la violencia guerrera. También, éste puede preceder a la guerra cuando, por ejemplo, actos aislados o amenazas anticipan y permiten entrever una deriva de la violencia hacia la guerra.

Más fundamentalmente, la guerra y el terror han convergido en el tiempo y el espacio ante todo a partir de los siglos XIX y XX mientras se van intensificando las exacciones contra las poblaciones. La guerra y el terror son la traducción y el motor de la “victimización” creciente de las poblaciones en las situaciones de gran violencia. ¿Acaso las guerras que se perfilan confirmarán esta tendencia mayor de la conflictividad moderna?

Bibliografía

- Ayubi, Nazih, *El Islam político: teorías, tradición y rupturas*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000.
- Banégas, Richard, y Losch, Bruno, “La Côte d’Ivoire au bord de l’implosion”, en *Politique Africaine*, no. 87, octubre, 2002, págs. 139-161.
- Bigo, Didier, “L’impossible cartographie du terrorisme”, Dossier “Terrorisme”, sitio de la revista *Cultures & Conflits*. Disponible en: www.conflits.org [consulta: diciembre de 2002].
- Bougarel, Xavier, *Bosnie: Anatomie d’un conflit*, París, La Découverte, 1996.
- Bouthoul, Gaston, *Traité de polémologie: Sociologie des guerres*, París, Payot, 1991.
- Boutwell, Jeffrey, y Klare, Michael (eds.), *Light weapons and civil conflict*, Lanham/Boulder/Nueva York/Oxford, Rowman y Littlefield Publishers, 1999.
- Branche, Raphaëlle, *La torture et l’armée pendant la guerre d’Algérie, 1954-1962*, París, Gallimard, 2001.
- Brown, Michael, Miller, Steven y Lynn-Jones, Sean (eds.), *Nationalism and ethnic conflict*, Cambridge, The MIT Press, 2001.
- Chauveau, Guy-Michel, y Warhouver, Aloyse (relatores), *Rapport d’information sur la prolifération des armes de destruction massive et de leurs vecteurs*, París, Commission de la Défense Nationale et des Forces Armées, Assemblée Nationale-La Documentation Française, 2000.
- Clausewitz, Carl Von, *De la guerre*, París, Editions de Minuit, 1955.
- Collier, Paul, y Hoeffler, Anke, *On economic causes of civil war*, Banco Mundial, 1998. Disponible en: www.worldbank.org [última consulta: diciembre de 2002].
- Cooley, John, *Unholy wars: Afghanistan, America and international terrorism*, Londres, Pluto Press, 2002.
- Courmont, Barthélémy, y Ribnikar, Darko, *Les guerres asymétriques*, París, IRIS-Presses Universitaires de France, 2002.
- Creveld, Martin Van, *La transformation de la guerre*, París/Monaco, Editions du Rocher, 1998.
- Crozier, Michel, y Friedberg, Erhard, *L’acteur et le système*, París, Editions du Seuil, 1977.
- Cultures et Conflits*, no. 19-20, otoño-invierno, 1995.
- David, Charles-Philippe, *La guerre et la paix. Approches contemporaines de la sécurité et de la stratégie*, París, Presses de Sciences Po, 2000.
- Delmas, Philippe, *Le bel avenir de la guerre*, París, Gallimard, 1995.
- Di Méo, Guy, *L’homme, la société, l’espace*, París, Anthropos, 1991.

- Dufour, Jean-Louis, "Un siècle belliqueux : Périodisations, comparaisons", en *Espaces Temps*, no. 71-72-73, 1999.
- Dufour, Jean-Louis, y Vaisse, Maurice, *La guerre au XXe siècle*, París, Hachette, 1993.
- Fazio Vengoa, Hugo, *El mundo después del 11 de septiembre*, Bogotá, IEPRI-Alfaomega, 2002.
- Flori, Jean, *Guerre sainte, jihad, croisade*, París, Editions du Seuil, 2002.
- Foch, Mariscal, *Des principes de la guerre*, París, Imprimerie Nationale Editions, 1996.
- Gaddis, John Lewis, *The long peace: Inquiries into the history of the cold war*, Oxford, Oxford University Press, 1987.
- Geffray, Christian, *La cause des armes au Mozambique: Anthropologie d'une guerre civile*, París, Karthala, 1991.
- Géré, François, *La guerre psychologique*, París, Economica, 1997.
- Géré, François, y Widemann, Thierry (eds.), *La guerre totale*, París, Economica, 2001.
- Grimsley, Mark, y Rogers, Clifford (eds.), *Civilians in the path of war*, Lincoln/Londres, University of Nebraska Press, 2002.
- Hables Gray, Chris, *Post-modern war*, Nueva York, The Guilford Press, 1997.
- Hassner, Pierre, "L'action préventive est-elle une stratégie adaptée?", en *Esprit*, no. 287, agosto-septiembre, 2002, págs. 72-86.
- Hermant, Daniel, "L'espace ambigu des disparitions politiques", en *Cultures & Conflits*, no. 13-14, primavera-verano, 1994.
- Holsti, Kalevi, *The state, war and the state of war*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- Huntington, Samuel, *El choque de civilizaciones*, Barcelona, Editorial Paidós, 1997.
- Huyghe, François-Bernard, "Cadavres dans le salon: Image, stratégie, terreur", junio de 2002. Disponible en: www.strategic-road.com [fecha de consulta: octubre de 2002].
- Jean, François, y Rufin, Jean-Christophe (eds.), *Economie des guerres civiles*, París, Hachette, 1996.
- Kaldor, Mary, *New and old wars: Organized violence in a global era*, Stanford, Stanford University Press, 1999.
- Kandeh, Jimmy, "Ransoming the state: Elite origins of southern terror in Sierra Leone", en *Review of African Political Economy*, no. 81, vol. 26, 1999, págs. 349-366.
- Kaplan, Robert, "The coming anarchy", en *The Atlantic Monthly*, no. 2, volumen 273, 1994.
- Khosrokhavar, Farhad, *Les nouveaux martyrs d'Allah*, París, Gallimard, 2002.
- Kiernan, Ben, *Le génocide au Cambodge 1975-1979*, París, Gallimard, 1998.
- Lair, Eric, "El terror, recurso estratégico de los actores armados: Reflexiones en torno al conflicto colombiano", en *Análisis Político*, no. 37, mayo-agosto, 1999, págs. 64-76.
- Le Borgne, Claude, *La guerre est morte*, París, Grasset, 1987.
- Leonhard, Robert, *Fighting by minutes: Time and the art of war*, Westport, Praeger Publishers, 1994.
- Mandelbaum, Michael, "Is major war obsolete?", en *Survival*, no. 4, volumen 40, invierno 1998/1999, págs. 20-38.
- Marchal, Roland, "Interpréter la guerre en Afrique", en *Espaces Temps*, no. 71-72-73, 1999.
- Martin, Jean-Clément, *Contre-Révolution, Révolution et nation en France*, París, Editions du Seuil, 1998.
- Meitho, Kisukula Abeli, *La désintégration de l'armée congolaise de Mobutu à Kabila*, París, L'Harmattan, 2001.
- Michaud, Yves, *Violence et politique*, París, Gallimard, 1978.

- Nates, Beatriz (comp.), *Territorio y cultura*, Manizales, Artes Gráficas Tizan, 2002.
- Newitt, Malyn, *A history of Mozambique*, Bloomington, Indiana University Press, 1995.
- Pécaut, Daniel, *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Espasa, 2001.
- Pizarro Leongómez, Eduardo, "Colombia: ¿Guerra civil, guerra contra la sociedad, guerra antiterrorista o guerra ambigua?", en *Análisis Político*, no. 46, mayo-agosto, 2002.
- Politique Africaine*, no. 84, diciembre, 2001.
- Prunier, Gérard, *The rwanda crisis 1959-1994: History of a genocide*, Londres, Hurst y Company, 1995.
- Rashid, Ahmed, *Los talibán*, Barcelona, Ediciones Península, 2001.
- Robben, Antonius C. G. M., "The assault on basic trust: disappearance, protest and reburial in Argentina" en Robben y Marcelo M. Suárez-Orozco (eds.), *Cultures under siege: Collective violence and trauma*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 70-101.
- Rogers, Clifford (ed.), *The military revolution debate: Readings on the military transformation of early modern Europe*, Boulder, Westview Press, 1995.
- Scarry, Elaine, *The body in pain: The making and unmaking of the world*, Oxford, Oxford University Press, 1985.
- Sémelin, Jacques, "Penser les massacres", en *Revue Internationale de Politique Comparée*, no. 1, volumen 8, primavera, 2001, págs. 7-22.
- Sofsky, Wolfgang, *Traité de la violence*, París, Gallimard, 1998.
- Sommier, Isabelle, *Le terrorisme*, París, Flammarion, 2000.
- Staub, Ervin, *The roots of evil: The origins of genocide and other group violence*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.
- Werbner, Richard (ed.), *Memory and postcolony*, Londres, Zed Books, 1998.
- Wright, Nicholas, *Knights and peasants: The hundred years war in the French countryside*, Suffolk, The Boydell Press, 1998.
- www. hri.ca [consulta: noviembre de 2002].